

## EL RINCON DE LA HISTORIA

VOCE ORGANICA, CARMEN MELODICA

El órgano, la maravillosa invención de Ctesibio de Alejandría, fué la voz musical de la Iglesia. Y en los aciagos años de la Contra-Reforma, las reales células hostigaron a los prelados criollos obligándolos a fabricar estos instrumentos de catequesis que, entre el miraje barroco de los altares, el olor de las «dulces pomas humeantes» y el especioso aroma litúrgico del incienso, grababan muy hondo en el corazón de los fieles los misterios de la fe católica.

Al crearse, en el Reyno de Chile, la diócesis primogénita de Nueva Imperial, el mercedario Fray Antonio de Sarmiento y Rendón, fué el primero en celebrar los oficios, «así en canto llano, como en canto de órgano, con gran solemnidad las pascuas y vísperas solemnes».

Como el hambre aguza el ingenio y la necesidad crea el técnico, pronto se suplió la carencia «de invenciones acústicas», y Baltazar de los Reyes, oblato de San Agustín, trabajó diligentemente las maderas nacionales para estrenar en 1612, en la Catedral de Santiago, «un órgano de 14 palmos, el mayor con mestuzas (sic) aflautadas y flautas tapadas llenas».

Era,—escribe Fray Gaspar de Villarroel,—el mejor del pueblo y había costado, con su tribuna, tres mil ducados. Dos años más tarde, Baltazar de los Reyes iba a morir civilmente en el Convento de San Agustín, al que dotó con un «órgano de cinco registros, tres fuelles y flautas de catorce palmos de largo». Entre los profesores que enseñaron a la primera generación de organistas chilenos la música de Cabezón y los maestros españoles que aconsejaba el Concilio de Trento, cabe destacar a Pedro Aránguiz Colodio, que ofrecía sus lecciones por unos «cuarenta patacones al mes».

La terrible catástrofe del terremoto del 13 de Mayo de 1647, echó por tierra estos instrumentos tan difícilmente elaborados. En vano los vecinos recorrieron las ruinas de Santiago por más de un mes, con la esperanza de encontrar algunas de las «flautas» del costoso órgano de la Catedral. Lentamente el país se repuso de los golpes del cruel destino y ya en el año nuevo de 1686 el Cabildo Eclesiástico ordenaba la construcción de «unas hermosísimas tribunas para un nuevo órgano», de gran perfección, obra de Juan Damasceno.

A lo largo del siglo XVIII, los documentos son más pródigos en noticias y señalan multitud de artífices y organistas. Indicaremos por su nombradía a Fray Francisco Mariluz, que mantuvo en buen estado el órgano de la Catedral y construyó el del Convento de las Monjitas de la Plaza; a Fray Pedro, artífice del órgano de la Catedral de Concepción; al maestro Juan Pablo, conocido por sus tocatas en la Merced y San Francisco; a maese Santiago, bajo cuyas manos «el órgano dice chanzones y motete».

La historia de la organografía colonial concluye con la más importante obra de ebanistería y arte salida de los talleres chilenos. Es ésta el órgano de los Jesuítas, hoy en la Iglesia Catedral, construido en la Calera de Tango, por el hermano Jorge Kranzer, natural de Leimeritz, en Bohemia. No era un órgano grande, pero sí de muchos y bien articulados registros y de voces muy suaves y armoniosas. Su caja, con emblemas dorados y majestuosas líneas, realza la intención del instrumento, cuyas tuberías de plata fueron trocadas, recubriéndose los portadores de la voz con churriguerismos exagerados.

E. PEREIRA SALAS